

Ann Cleeves

Una trampa para cuervos

Traducción:
ESTHER ROIG



MAEVA

PRÓLOGO

Si por casualidad buscaras la Granja Baikie's en un mapa del Servicio Estatal de Cartografía no figuraría por su nombre y, en cambio, la Granja Black Law, sí. Está resaltada con un cuadrado abierto y referenciada en letra pequeña en el Mapa n.º 80: PENINOS DEL NORTE, KIMMERSTON Y ÁREAS CIRCUNDANTES. No es fácil localizarla porque está justo en el pliegue del papel. La pista que sale de la carretera está representada con una línea de puntos, como un camino público. En el mapa, la granja está rodeada en tres de sus lados por porciones de color verde claro. Sobrepuestas a estas porciones hay unos arbolitos de Navidad dibujados con ordenador que indican un bosque. En el cuarto lado la página está en blanco, salvo por unas curvas de nivel marrones, hasta que se llega al arroyo. En este punto el arroyo es ancho, resaltado por dos líneas azul oscuro y coloreado con un azul más claro. Las líneas son sinuosas; el dibujo de un río que haría un niño. Este arroyo es el Skirl. Más allá, las curvas de nivel están muy juntas, dando a entender que las pendientes son pronunciadas. Las cimas están señaladas con unos símbolos que parecen nubecillas. Son peñas rocosas y tienen nombre: Fairburn, Black Law, Hope. Entre el arroyo y Hope Crag hay otro punto marcado con letras marrones, que dice: MINA DE PLOMO (ABANDONADA).

Desde el dormitorio de la Granja Black Law, Bella miraba hacia Fairburn Crag. Todavía quedaba nieve en las cimas. Bella veía la sombra oscura del bosque, los edificios de piedra gris al fondo de la era. Se volvió y fue al tocador. Con mano firme se pintó los labios; después, los frotó uno contra el otro y acabó

apretándolos contra un pañuelo de papel. En el espejo veía a Dougie en la cama. Se miraron a los ojos. El párpado de él tembló y ella se hizo la ilusión de que intentaba guiñarle un ojo y decir: «Qué guapa estás hoy, cariño». Después de la embolia les habían dicho que era muy posible que recuperara el habla, pero no fue así.

—Solo bajo un rato a Baikie's —informó—. Si aparece Rachael podría tardar un poco. ¿Estarás bien, verdad, mi amor?

Él asintió, sonrió con la boca torcida y le acarició el brazo con su mano sana.

—¿Quieres que ponga la tele?

Él asintió otra vez. Ella se inclinó para besarlo.

—Adiós —saludó.

En la cocina se puso las botas de agua y guardó los zapatos negros de piel en una bolsa de la compra. Fuera, un viento del este, que creaba remolinos de briznas de paja en la era, la dejó sin aliento.

PRIMERA PARTE

Rachael

1

Rachael salió de la carretera asfaltada y frenó de golpe. Había una inesperada verja de acero y casi había chocado con ella. Algún inquilino nuevo de Holme Park con ganas de impresionar. Una oveja con la lana raída y las ancas sucias la empujó con el hocico cuando bajó del coche para abrir la verja. La oveja estaba gorda. Allí las ovejas no parían hasta finales de abril. El acero del pestillo estaba tan frío que Rachael tuvo la sensación de que le helaba los dedos.

La pista estaba peor de lo que la recordaba: llena de baches provocados por el hielo. Condujo tan despacio que tardó como si hubiera ido a pie, y con dos ruedas casi en el filo. Aun así el tubo de escape golpeó contra una piedra.

Al cabo de kilómetro y medio se dio cuenta de que se había equivocado y aquella no era la pista que cruzaba el bosque. Debería haber salido de los árboles a campo abierto, ya debería haber llegado al vado. En lugar de eso se hallaba en un sendero arenoso, bastante uniforme pero muy estrecho. A cada lado los pinos impedían el paso de la luz de la tarde. Siguió conduciendo con la esperanza de encontrar un lugar donde poder dar la vuelta, pero la pista se convirtió en un sendero más estrecho donde los árboles se juntaban sobre su cabeza.

Tuvo que volver marcha atrás hasta la bifurcación. Las ramas arañaron la pintura del coche con un ruido de tiza sobre una pizarra mojada. El parachoques golpeó un muro de piedra oculto por la maleza. Puso primera y dio un salto hacia adelante antes de volver a retroceder. Cuando llegó a la pista principal era casi de noche y estaba temblando.

Al llegar al vado paró el coche y bajó a comprobar la profundidad. Cinco años atrás un estudiante que volvía a Baikie's tras una noche en el pub se ahogó porque su coche se volcó con la fuerza de la crecida. Los faros del coche se reflejaban en la superficie, lo que impedía calcular la profundidad. La primavera había sido seca y Rachael decidió arriesgarse. El agua levantó vapor y siseó en contacto con el calor del motor, pero a Rachael no le costó mucho esfuerzo salir al otro lado.

La pista estaba de nuevo obstruida por una verja, esta vez de madera. Estaba demasiado oscuro para leerlo pero sabía que había un rótulo. Acceso único a las granjas Black Law y Baikie's. Dejó el motor en marcha mientras abría la verja. El coche estaba parado en una subida, de modo que los faros iluminaban en vertical la falda de la colina. Un movimiento debió de llamarle la atención, porque levantó la cabeza y vio, atrapada en el haz de luz, la silueta de una figura vestida para caminar al aire libre, en la que destacaba un anorak de Gore-tex con capucha. Un destello de luz reflejada le hizo pensar que la persona llevaba prismáticos o una cámara. Estaba segura de que era un hombre aunque estuviera demasiado lejos para saberlo con certeza. El hombre se volvió y desapareció en la penumbra.

Tuvo la desagradable sensación de que la habían estado observando durante un cierto tiempo. Mientras conducía el último kilómetro hasta la casa se preguntó quién estaría tan loco para pasearse por la colina tan cerca del anochecer.

Rachael decidió no pasar por la granja. A Dougie le inquietaban las visitas que se presentaban sin avisar. Bella oiría el coche y, si podía, bajaría a la casa cuando Dougie estuviera dormido. Había luz en la cocina de la granja, pero las cortinas estaban corridas. Los perros ladraban con fuerza y se agitaban en un granero del patio. El ruido parecía resonar en las colinas y Rachael pensó: Bien. Así se dará cuenta de que he llegado. Entonces vio luz arriba y pensó que probablemente Bella estuviera preparando a su marido para pasar la noche.

Cruzó la era, que estaba barrida y limpia, con el coche. La Granja Baikie's estaba al final de la pista con vistas al valle, rodeado

de árboles que se habían plantado con los años para protegerlo del viento.

La llave estaba donde siempre, bajo una maceta ornamental alargada, cerca de la puerta de atrás. Una vez dentro palpó la pared buscando el interruptor de la luz. La casa olía a humedad, pero Rachael sabía que estaba limpia. Había ido en noviembre, después de que se marcharan los últimos estudiantes, para hacer limpieza. Bella había llegado con un par de botellas de vino casero y habían dado buena cuenta de ellas. Acabaron en la granja bebiéndose el whisky de Dougie. Rachael durmió en el cuarto de invitados —la habitación de Neville, como la llamaba Bella, aunque Rachael supiera que Neville hacía años que no la utilizaba— y se despertó con la peor resaca de su vida. Era la única vez que había dormido en la granja.

Rachael abrió la bombona de gas de fuera y fue a la cocina a poner agua a hervir para hacer café. La cocina era diminuta: una ampliación moderna tan estrecha que se podían tocar ambas paredes al mismo tiempo. Enchufó el frigorífico oxidado, cerró la puerta y sintió alivio al oír que zumbaba. La llama del gas crepitaba, pero el agua no estaba ni siquiera tibia. Mientras esperaba que hirviera fue al salón y cerró las cortinas para que no hubiera corriente. En sus tiempos eran de terciopelo verde, pero el sol las había descolorido y ahora eran de rayas bastante lisas. Había un sofá cubierto con una colcha india que Rachael había llevado el año anterior de casa, un par de sillones que necesitaban algo para tapar las manchas, libros salpicados de moho y en un rincón un zorro en una urna de cristal. Rachael se lo sabía de memoria y no se fijó en nada. Solo pensaba en calentarse. Incluso dentro hacía tanto frío que vahaba al respirar.

En la chimenea había papel y yesca, pero no había troncos en el cesto. Había cerillas en la repisa, pero estaban húmedas. Tras intentar encender una varias veces, Rachael retorció papel de periódico como si fuera una antorcha y lo encendió con la llama del gas de la cocina. Se ocupó del fuego, recordando viejos trucos de la última vez. El hervidor silbó y Rachael se preparó un café instantáneo del bote de emergencia que había

traído en la maleta. Lo bebió agachada ante el fuego, atendién-
dolo hasta que tuvo la certeza de que no se apagaría.

Vació el coche y puso un cazo con agua al fuego. Se prepara-
ría pasta para cenar y tomaría una copa del vino que pensaba
compartir con Bella más tarde. Recogió el cesto para ir a buscar
leña. Los troncos estaban amontonados detrás de un cobertizo
alto y abierto por delante, donde también se guardaban un trac-
tor oxidado y algunas balas de paja apiladas. La luz de la casa no
alcanzaba tan larga distancia y se llevó una linterna. Fuera, el
ambiente era transparente y gélido. Las estrellas en el amplio
firmamento, sin la contaminación de las farolas, parecían brillar
más que en casa.

Bella había organizado su suicidio con la misma eficiencia
con que lo hacía todo en la vida. Se balanceaba a la luz de la
linterna, colgando de un lazo hecho con una cuerda fuerte de
nylon. Tenía la cara blanca. Se había preparado para la ocasión
pintándose los labios y poniéndose la blusa de seda que Rachael
le había regalado como muestra de agradecimiento al finalizar
la última temporada. Los zapatos negros brillaban tanto que la
linterna se reflejaba en ellos. Había apartado dos balas de la pared
y se había subido a ellas para atar la cuerda alrededor de una
viga. Después, cuando llegó el momento, las apartó de una pa-
tada.

Por supuesto había una nota. También había pensado en
ello. Estaba dirigida a Rachael y se disculpaba por haber hecho
que fuera la primera en descubrir el cadáver: «No podía hacerle
esto a Dougie y sabía que tú podrías con ello». La nota conti-
nuaba recordando a Rachael que la puerta de la cocina de la
granja estaba abierta, de modo que podía entrar y telefonar sin
molestar a nadie, refiriéndose de nuevo a Dougie. Pero no ha-
bía ninguna explicación para el suicidio. Solo decía que no po-
día soportarlo más. Sabía que Rachael la encontraría aquella
misma noche porque había vaciado el cesto de la leña. Rachael
siempre había sabido que Bella era una mujer inteligente.

Cuando Rachael vio a Bella, balanceándose, reconocible por
la blusa de seda, los cabellos cuidadosamente permanentados y

el pintalabios, pero que no era realmente Bella, porque Bella jamás había estado así de quieta en vida, se puso furiosa. Se volvió loca de rabia. Quería utilizar el cuerpo como bolsa de boxeo, darle puñetazos en el estómago. Quería subirse a una bala y abofetear aquella cara blanca y sin vida. Porque Bella era una amiga. ¿Qué derecho tenía a hacer aquello sin hablarlo primero con Rachel? Y porque, desde que supo que el proyecto se ponía en marcha, Rachael estaba deseando que llegara aquella noche. Se había imaginado con Bella en la Granja Baikie's, compartiendo una botella de vino y montones de cotilleos.

Pero no golpeó el cuerpo. En lugar de eso, se volvió y pegó un puñetazo a una bala de paja, una y otra vez, hasta que los nudillos se le desollaron y le sangraron.

Más tarde tomó conciencia del tiempo que había pasado en el cobertizo del tractor. Cuando volvió a la casa el cazo de agua hervía; aquella llama lastimosa había tardado media hora en calentar el agua del hervidor.

2

La casa, que era conocida como Baikie's, la había comprado Constance Baikie a la granja poco después de la guerra. Era una naturalista e ilustradora, además de solterona. En sus tiempos recorría las colinas en busca de inspiración, pero la obesidad pronto restringió sus vagabundeos. Se sentaba en un sillón y dibujaba los pájaros, las plantas y los insectos que podía ver por la ventana. Fue su etapa más prolífica. Las primeras láminas de sus libros se vendieron por sumas sorprendentemente altas. Una galería de Londres la descubrió y organizó una exposición anual. Nadie sabía con exactitud qué hacía con todo su dinero, porque vivía de manera muy frugal. Para entretenerse escribía cartas ingeniosas y mordaces a revistas especializadas ridiculizando los estudios de sus colegas.

Dougie, entonces todavía activo y en forma, le llevaba cada semana todo lo que necesitaba de Kimmerston con su Land Rover. Nunca se ofreció a pagarle por este servicio, pero cada año por Navidad le regalaba un dibujo de la granja y las colinas circundantes. Más tarde, Bella los encontraría en un montón dentro de un cajón del escritorio y los haría enmarcar. La señorita Baikie no se sentía sola. Recibía a las visitas con cortesía y esperaba que le llevaran regalos: tartas de crema, galletas y botellas de whisky.

En 1980, la señorita Baikie murió de repente. Dougie la encontró sentada junto a la ventana una mañana cuando le llevaba la leche. Había estado allí toda la noche. En su testamento establecía una fundación de beneficencia para fomentar la educación y la investigación medioambiental a la que donaba la

casa. También estipulaba que la fundación no podía beneficiar a nadie menor de dieciocho años. Nunca le habían gustado los niños. Los estudiantes aún no graduados utilizaban Baikie's como base para su trabajo de campo. Rachael había pasado allí la primavera anterior para terminar su máster en ciencias. Cuando el comité decidió que necesitaba sangre nueva la eligieron administradora.

La casa estaba más o menos como Constance la había dejado. Los muebles eran los suyos. Los estudiantes fantasiosos se imaginaban que veían su espíritu a altas horas de la noche.

—Si se movía no era ella —dijo un profesor que la conocía—. Si se movía, no podía tratarse de Connie. Que yo recuerde, nunca se movió. Al menos mientras yo la conocí.

Rachael no creía en fantasmas.

Es lo que les dijo a Anne y Grace al día siguiente para que dejaran de darle la lata. Rachael habría querido ponerse enseguida a elaborar el mapa, pero sus compañeras la obligaron a revivir la experiencia. Se estrenaba como jefa de equipo y, en cierto modo, la irritaba la distracción. Ya estaba bastante nerviosa por tener que asumir el mando. Estaban en Baikie's por el estudio y no para cotillear, pero cuando Anne y Grace se presentaron para trabajar tuvo que contarles lo ocurrido con Bella.

Anne era de la región y ya habían trabajado juntas. Era mayor que ella, muy segura de sí misma, y Rachael no sabía cómo se tomaría que le dieran órdenes. Grace había llegado muy recomendada, pero Rachael no la conocía de nada. No le habían dejado opinar en la selección de la zoóloga y todavía la dolía. Grace era una chica pálida y delgada y la noticia del suicidio pareció despojarla del poco color que tenía. Parecía una reacción exagerada. Al fin y al cabo, Bella era una desconocida.

Anne, sin embargo, quiso saber todos los detalles.

—¡Qué horror! —exclamó, cuando Rachael acabó de contar como había descubierto el cadáver—. ¿Y entonces qué hiciste?

—Fui a Black Law y telefoneé.

Había entrado en silencio, para no asustar a Dougie; y al mismo tiempo pensaba que él, probablemente, esperaba que

Bella entrara haciendo ruido. Se puso nerviosa al oír voces procedentes de arriba y por un momento dudó si se lo había imaginado todo. Subió a hurtadillas las escaleras pensando: Dios mío, quedaré como una idiota si Bella sale y me pilla. Entonces hubo un estallido de música y se dio cuenta de que las voces procedían de la televisión de la habitación de Dougie.

—No creo que yo supiera a quien llamar en caso de suicidio.

La voz de Anne era comprensiva, aunque tenía un ligero tono de regocijo, lo que molestó a Rachael.

Por Dios, espero que no empecemos a irritarnos la una con la otra tan pronto.

—Marqué el 999. No sabía qué otra cosa podía hacer. La operadora me pasó con la Policía y ellos mandaron a un médico. No se me ocurrió que Dougie necesitaría que le atendieran.

El médico se llamaba Wilson. Rachael sufría pensando que se perdería por el camino, pero el médico había visitado otras veces a Dougie y además conocía la zona. Conducía un Range Rover y llevaba botas de montaña y pantalones anchos, parecía un veterinario.

—Dijo que Bella llevaba dos horas muerta como mínimo —explicó— y entonces llegó un policía. Ellos dos hicieron venir a un empleado de una funeraria de Kimmerston.

Rachael se había ofrecido a ir a la bifurcación para mostrarle el camino al empleado de la funeraria. El señor Drummond había sido muy amable, teniendo en cuenta la distancia y la hora de la noche. Tenía una cara redonda de querubín y llevaba gafas y dijo que los suicidios siempre eran angustiosos. Mientras tanto, el médico había pedido una ambulancia para que trasladaran a Dougie. No podía quedarse en Black Law si no había nadie para cuidarlo. Tal vez el médico esperaba que ella se ofreciera, pero para Rachael era impensable, aunque solo fuera un día. Pensó que para Dougie casi sería mejor marcharse con el señor Drummond y Bella, pero no podía sugerir algo así.

—¿Cómo estaba el señor Furness? —preguntó Anne—. ¿Tuviste que hablar con él?

Rachael pensó que Anne disfrutaba con la desgracia. Siempre había sido un poco reina del drama.

—Por supuesto —respondió. Era lo que Bella deseaba.

—¿Lo entendió?

—Oh, sí.

—¿Cómo se lo tomó?

—Lloró.

—¿Le dijiste que se había suicidado?

—No. Solo que había muerto.

Ella y el médico contemplaron delante de la granja, en la era recién barrida, como los enfermeros introducían a Dougie en la ambulancia. El médico temblaba, pero ella había dejado de sentir el frío.

—Supongo que ha sido la tensión —había opinado Wilson—. Viviendo tan lejos. Ocupándose de la granja y del señor Furness. Tampoco era que lo hubiese hecho toda la vida. Supongo que simplemente dijo basta.

—No —aseveró ella con firmeza—. Le juro que no pudo ser eso. Bella amaba Black Law. Disfrutaba con todo lo de aquí.

Él la miró con compasión, como si pensara que no era capaz de afrontar la realidad de la situación. Por primera vez Rachael se preguntó qué habría querido decir Bella con lo de que no podía soportarlo más.

Cuando la ambulancia, el médico y el empleado de la funeraria se marcharon en comitiva, ella se quedó con el joven policía. El hombre observó las luces traseras de los vehículos que desaparecían en la oscuridad con una especie de anhelo, como si se sintiera abandonado.

—¿Sabe si hay algo de alcohol en la casa? —preguntó. Se notaba que estaba deseando entrar, pero no sonó muy profesional, ni siquiera cuando añadió—: Creo que una copa le sentará bien.

Rachael encontró una botella de whisky en el armario del salón. Se sentaron en la cocina, donde se estaba más caliente. Él se sirvió una copa sin esperar a que lo invitaran y le pasó la botella a ella.

—¿Qué hace aquí, tan lejos de todo?

—Trabajar.

—¿Trabaja para los Furness?

—No, para una agencia medioambiental. Peter Kemp Associates. Estamos realizando una evaluación de impacto ambiental. Nos han dado permiso para utilizar la casa de abajo como base.

El hombre parecía atónito.

—¿Ha oído hablar de la propuesta de cantera en el parque nacional?

—Sí. —Pero no parecía muy seguro. Parecía un niño intentando engañar al profesor con una lección no estudiada, y Rachael se lo explicó. El proyecto de la cantera, la planificación para la puesta en práctica, los requisitos legales de un estudio sobre evaluación de daños.

—Nos han contratado para realizar el estudio y el informe.

—¿Está aquí sola?

—Solo esta noche. Mis colegas llegarán mañana. —Miró por la ventana al cielo que clareaba—. Hoy.

—Se refiere a Peter Kemp.

—No. Peter no hace mucho trabajo de campo. Anne Preece, que es botánica, y Grace Fulwell, que es una especialista en mármiferos.

—Tres chicas.

—Tres mujeres.

—Ah, sí. —Calló un momento—. Y tienen que salir a las colinas. ¿A contar cosas?

—Algo así. Existe una metodología reconocida.

—¿No es peligroso?

—¿Para las mujeres, quiere decir?

—Bueno, para cualquiera.

—Dejamos una copia de nuestra ruta y la hora en que esperamos estar de vuelta en la base. Si hay algún problema, las demás pueden organizar una búsqueda.

—No me gustaría deambular por ahí sin un radio. —Se estremeció como si sintiera frío de golpe—. No me gustaría nada deambular por ahí.

Rachael se dio cuenta de que el joven estaba alargando la conversación para no tener que tomar la pista solo en la oscuridad.

—No es un muchacho de campo —comentó.

—¿Se nota? —Sonrió—. No. De Newcastle de toda la vida. Pero a Jan, mi mujer, le parecía que el campo era un lugar mejor para criar a nuestro hijo, así que pedí el traslado. La mejor decisión de mi vida.

Aunque entonces, en medio de la nada, no parecía estar tan seguro. Rachael se había imaginado que estaba casado. No solo por el anillo. Tenía aspecto de estar bien cuidado, mimado.

—¿No debería volver con ellos? —preguntó—. Se estarán preguntando donde está.

—No, Jan se ha llevado al crío a ver a su abuela. No volverán hasta después del fin de semana.

Rachael sintió celos de aquella mujer que no conocía. Era evidente que el chico la echaba mucho de menos. Y no eran solo las camisas recién planchadas y las comidas. Era la cama vacía y no tener a nadie con quien hablar cuando llegaba a casa después del trabajo.

—¿No le importa responder a algunas preguntas sobre la señora Furness? Ahora, quiero decir. Sé que habrá sido terrible pero necesito que preste declaración.

—No —respondió ella—. Prefiero quitármelo de encima, y después intentaré dormir un poco antes de que lleguen las demás. ¿Qué quiere saber?

—Todo lo que pueda contarme de ella.

Quién sabe si dirías lo mismo —pensó—, si tu mujer estuviera en casa. Pero habló con él de todos modos, porque quería hablar de Bella con alguien y de lo buenas amigas que eran. Fue como un cuento de hadas, dijo. Que Bella fuera a la granja para cuidar a la madre de Dougie y se enamorara de todo: de Dougie, de Black Law y de las colinas. Se habían casado y habían sido verdaderamente felices para siempre, incluso después de que Dougie sufriera la embolia.

—Entonces ¿por qué se ha suicidado?

No estaba segura de que la hubiera escuchado. Era la pregunta que la había estado fastidiando toda la noche.

—No lo sé.

—Pero ¿la letra de la nota es la suya?

—Oh, sí. Y no solo la letra. La forma de componer las frases. Era como hablaba Bella.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—En noviembre del año pasado.

—Bueno, ya se sabe. En cuatro meses puede pasar de todo.

—Supongo que sí.

Aunque ella nunca había creído que Bella pudiera cambiar. Y Bella tenía que saber que ella no sería capaz de dejarlo así. Sabría que Rachael tendría preguntas, que no podría descansar hasta que descubriera qué había detrás de su muerte. Pero entonces ¿por qué no le había dejado algo más para averiguarlo?

—No me gusta dejarla sola. ¿Tiene algún sitio dónde ir a pasar la noche?

Así puedo hacerte compañía, pensó ella durante el trayecto de vuelta.

—Esperaré a que lleguen las otras y entonces iré a Kimmerston, a casa de mi madre.

Lo dijo para deshacerse de él y para que viera que tenía familia. Alguien que se preocupaba de ella. Pero después pensó que podía ir a casa unas horas. Recibiría a Anne y a Grace en la casa y después iría a ver a Edie. Pero no iría a buscar consuelo. Edie no era de esa clase de madres.